



---

Alba de América 41 (2024): 66-80

## Maternidades emergentes en *La hija única* de Guadalupe Nettel

Carmen Patricia Tovar  
*Oberlin College*

I'm not against mothers. I am against the ideology which expects every woman to have children, and I'm against the circumstances under which mothers have to have their children.

–Simone de Beauvoir

### RESUMEN:

Este ensayo propone que *La hija única* (2020), la novela más reciente de Nettel, cuestiona las formas estereotípicas de entender la figura de la madre y sus prácticas maternas. Por medio del análisis de tres personajes femeninos, quienes se aproximan al ejercicio del cuidado maternal desde diferentes perspectivas, comprenderemos las vicisitudes a las que las madres están atadas. El objetivo es darle visibilidad a las presiones y complicaciones de la maternidad para, por un lado, dejar de idealizarla como lo mejor que le puede pasar a una mujer y, por otro, dejar de estigmatizar a las que la rechazan.

**PALABRAS CLAVE:** maternidad, *childfree*, Guadalupe Nettel, madre idealizada

Gradualmente y a partir de finales de la década de los 1960, los esquemas sociales mexicanos sobre la sexualidad, las relaciones de pareja y la maternidad han ido evolucionando. Anteriormente, la aceptación social de las relaciones sexuales estaba limitada a parejas heterosexuales dentro de un matrimonio católico en donde la maternidad y paternidad eran ritos de pasaje ineludibles hacia la adultez. Con los movimientos sociales de finales de la década de los 60 (los movimientos estudiantiles, la revolución sexual, el movimiento feminista), comienza una apertura a la libertad sexual de todos los individuos, que, sin embargo, no logra cambiar la expectativa sobre la obligación femenina de ser madre. Lo que sí se alcanza a romper es la homogeneidad de las expresiones de la feminidad mexicana. Es decir, se ven mujeres que no cuestionan el “orden natural” del patriarcado y otras que exploran otros modos de realizarse.

Aunadas a los cambios producidos por los movimientos sociales de los 60, las crisis económicas de México y la explotación demográfica de los 1950-60 en la Ciudad de México son factores importantes para que las fuertes campañas de planificación familiar tengan efecto y persuadan a las mujeres a adoptar prácticas de anticoncepción –anteriormente mal vistas por la Iglesia Católica– y, en última instancia, a incorporarse al mercado laboral (Sánchez Bringas et al. 61).

No obstante, este avance no es del todo benéfico para la mujer porque si por una parte se reduce su carga reproductiva y de crianza, por otro, se le añade una doble jornada laboral al regresar de su trabajo y tener la responsabilidad de las tareas domésticas. Por todas estas circunstancias, el porcentaje de mujeres que reducen su periodo de procreación aumenta y otras empiezan a decidir no procrear del todo. Así como Sánchez Bringas et al., otros sociólogos notan que, en la mayoría de los casos, llevar una vida sexual sin reproducción es una decisión que depende mucho del nivel de acceso que una mujer tenga a una educación superior, así como a recursos laborales y económicos. A pesar de que, gradualmente, con su inserción en el mercado laboral, la mujer va logrando su independencia económica y va abriéndose espacio para la participación social, todavía vive su vida sexual bajo grandes presiones tradicionales dado que es difícil entender el concepto “mujer” fuera de la conyugalidad y la maternidad como elementos vitales que organizan y constituyen su identidad, independientemente de la clase social.<sup>1</sup> Además, dada la valoración que se le da a la etapa de la maternidad en la construcción femenina, muchas mujeres con independencia económica y éxito profesional siguen siendo presionadas para que “alcancen su plenitud personal”, lo que se ha traducido en un segmento de madres profesionales sin parejas. Es decir, son mujeres que se escapan del mandato de la conyugalidad, pero no del de la maternidad. De ahí que la mujer que se mantiene firme en su rechazo voluntario a convertirse en madre sea pobremente comprendida y altamente estigmatizada como una anomalía del sistema.

Dentro de este marco de principios del siglo XXI se desarrolla la cuarta novela de Guadalupe Nettel, *La hija única* (2020), en la que Laura, la narradora y protagonista, encarna a las mujeres jóvenes que han decidido no tener hijos y muestra el antagonismo mutuo que siente con el bando de mujeres para quienes tener un hijo significa alcanzar su realización como mujer. Su historia se entretiene con historia de dos mujeres: la de Alina, su mejor amiga, quien hará todo lo posible por quedar embarazada y, más tarde, por ser la mejor madre para su pequeña con discapacidad mental y física; y con la de Doris, su joven vecina viuda, con un hijo que ha heredado las crisis violentas de su padre. A lo largo de la trama, se puede observar en Laura la capacidad de simpatizar con las madres a su alrededor, lo que le permite participar en relaciones afectivas con crecimiento personal.

Pese a que la contraportada de la novela identifica la maternidad, su negación y su asunción como uno de los temas centrales, Nettel considera que la historia –en realidad– no presenta una reflexión sobre la maternidad sino que, más bien, sigue el hilo de sus otras novelas; es decir, en cuanto al cuestionamiento de la anomalía versus la normalidad, de las diferencias y su aceptación, la belleza insólita y la resiliencia de los cuerpos y las mentes, los cuales son temas que van más allá

---

1 Sería un ejercicio muy interesante catar perspectivas y expectativas contrastando la antología *Atrapadas en la madre* (2007) de Beatriz Espejo y Ethel Krauze, en la que reúnen obras acerca del tema de la maternidad de escritoras canónicas como lo son Rosario Castellanos, Elena Garro, Inés Arredondo, Angelina Muñiz Huberman, Silvia Molina, las mismas Espejo y Krauze con la compilación de la Editorial Planeta *Todo sobre su madre* (2007), en la que se presenta una colección de relatos sobre las madres, reales o ficticias, de José Joaquín Blanco, Vicente Leñero, Héctor de Mauleón, Martín Solares, Heriberto Yépez y otros.

de la maternidad y lo difícil que es ser madre, según lo comentó en una entrevista (Pacheco).<sup>2</sup> Este ensayo intenta combinar ambas perspectivas considerando que no se puede negar la centralidad del tema en cuanto a la maternidad, pero también –siguiendo el estilo de Nettel– la novela presenta el rechazo a la maternidad como una anomalía social que, por una parte, aísla a su protagonista, pero, por la otra, la hace pasar por un proceso de exploración, reconocimiento y participación de las nuevas, o emergentes, maneras de maternar.

En el siguiente análisis de los personajes: de Laura (quien decide no tener hijos), Alina (quien dará todo por su hija) y Doris (quien no soporta a su hijo) se podrá apreciar el peso de las expectativas sociales sobre el tipo de mujer/madre que deben ser, así como la carga emocional, física y psicológica que esto representa para cada una de ellas. Específicamente, las circunstancias en las que Alina y Doris tienen que maternar medran el discurso idealizado de la maternidad como rol más satisfactorio para una mujer. Al final, la narrativa le da sentido a las prácticas y expresiones maternas emergentes que responden a aquellas personas nuevas en la crianza de los hijos, con el propósito de entender las presiones y vicisitudes de la maternidad y quizá poder aceptar las razones de quienes rechazan esa experiencia.

### **1. Laura: salvaguardar la vida propia**

En el mundo de Laura hay dos tipos de mujeres: las que se han comprado las mentiras del patriarcado y las que no. Por ende, construye una división social entre las mujeres que desean la maternidad y las que la rechazan. Ella es de las que conciben la maternidad como una institución del patriarcado, por lo que cuestiona cómo la sociedad la ha utilizado para relegar a la mujer al espacio doméstico e invisibilizarlas. De ahí que piense que un bebé no es más que un grillete humano por el cual muchas mujeres han sacrificado su carrera, sus actividades solitarias, su erotismo y, en invariables ocasiones, hasta su pareja (18).

La percepción de Laura no es completamente subjetiva ni ficticia.<sup>3</sup> Las investigaciones de campo de Bringas Sánchez et al., Hernández-Herrera y Mandujano-Salazar arrojan los mismos resultados al identificar tres patrones en la vida de una mexicana: en el primero, una mujer adolescente o joven adulta con escasos recursos económicos se embaraza y generalmente deja la escuela; con un hijo por nacer y sin escolaridad, sus posibilidades laborales son escasas por lo que tendrá que depender de su familia o de una pareja (lo que representa más hijos) para poder mantenerse a ella y a sus retoños. Como consecuencia, profundiza su nivel de pobreza. Bajo estas circunstancias, la mujer no tiene posibilidades de desarrollar expectativas sobre su propio futuro

---

2 En otra entrevista, Nettel dice haber escrito en contra de la maternidad tradicional, la máxima plenitud femenina, hablar de lo que no se habla y tanto incomoda, las verdades y las cargas de la maternidad. “Aunque no era mi intención hacer un libro sobre maternidad, a pesar de mí acabó así” (Morán Breña).

3 En la entrevista, Nettel comentó que las ideas de Laura se basan en *Contra los hijos* (2018) de la chilena Lina Meruane en donde se cuestiona si el deseo de tener hijos es propio o por presión social.

ni el de su familia. En el segundo caso: la joven termina la universidad, se casa y tiene hijos. La temprana formación de una familia conlleva a un lento avance profesional de parte de la mujer por estar más comprometida con su familia que con su trabajo; de modo que recibe menos ingresos que sus contrapartes sin hijos. En el tercer modelo –aquí se encuentra Laura–, las mujeres que posponen el embarazo y/o deciden nunca embarazarse, alcanzan altos niveles de educación y de profesionalización y, consecuentemente, reciben mayores ingresos que sus pares con hijos. El discurso de Laura está apoyado por estudios sociológicos en los que se concluye que un hijo es un gran limitante profesional y económico para la mujer.

Si, por una parte, el hijo es el limitante, por la otra, se puede apreciar una sociedad que proclama su devoción a la madre –reflejada en los dichos: “madre solo hay una”; “casa sin madre, río sin cauce”; “la santa madre”, etc.–, pero que la mantiene en la marginación educativa, económica y profesional. La estrategia del patriarcado es impecable en su opresión: primero, presiona a la mujer hacia su “plenitud” y ya con un hijo y cargas domésticas, la madre descubre que ningún programa educativo está diseñado para su éxito académico y, de lograr entrar en un ámbito laboral y/o empresarial, generalmente sustentará una valoración negativa hacia su capacidad de desempeño y compromiso, precisamente por ser madre. Laura se ha escapado de las garras del patriarcado mexicano y defenderá su autonomía aún en contra de su madre. Ella es una mujer entrada en sus treinta años, soltera, estudiante de posgrado en letras por una universidad francesa, tiene los recursos para andar libremente por el mundo, viajar, explorar culturas y gastronomías, perderse en bibliotecas y trasnocharse en bares, teatros y clubes nocturnos. Está convencida de que una mujer con hijos no puede realizar todo lo que ella hace a menos que lo planee con mucha anticipación y consiga la ayuda de una niñera a tiempo completo. Para defender su posición, Laura argumenta a sus amigas que

un hijo, por tierno y dulce que fuera en sus momentos, siempre representaría un límite a su realidad, un peso económico, para no hablar del desgaste físico y emocional que ocasionan: nueve meses de embarazo, otros seis o más de lactancia, desveladas frecuentes durante la niñez, y luego una angustia constante a lo largo de su adolescencia. (Nettel 16)

Siguiendo su razonamiento, un bebé no solo es un grillete humano que obstaculiza el movimiento y acceso de la mujer a espacios públicos, sino que además repercute en el bienestar físico, emocional y psicológico en tanto que la madre, en su cautiverio doméstico, debe aprender a manejar la ansiedad y las secuelas del insomnio por décadas. Por consiguiente, para Laura, no tener hijos representa una estrategia de supervivencia personal y solo comparte sus razones con personas cercanas a ella. Sin embargo, frente a otras personas menos allegadas, ella defendía su posición bajo el argumento moral de la sobrepoblación de la Tierra: “un motivo poderoso y lo suficientemente humanitario para que no me tacharan de amargada o, peor aún, de egoísta, como suelen llamarnos a las que hemos decidido escapar al papel histórico de nuestro sexo” (Nettel 18). Como se menciona al inicio de este estudio, a pesar de que han cambiado las perspectivas sobre las relaciones sexuales y la composición de la familia, la “resistencia” de una mujer que decide no casarse y/o no tener hijos hace notoria la vigencia del sistema ideológico patriarcal que responde

activando sanciones sociales para que dicha mujer se conforme a su “papel histórico”.

El estigma al que se enfrentan las personas que deciden renunciar voluntariamente a la maternidad (y paternidad) es el tema central del estudio de Yunuen Mandujano-Salazar, quien hace la distinción entre *childfree* (renuncia razonada) y *childless* (la imposibilidad de procrear). En su ensayo, afirma que rechazar la maternidad resulta problemático en varios niveles:

Ser *childfree* implica la renuncia personal y voluntaria a la maternidad o paternidad. Sin embargo, al ser estas unas de las funciones biológicas-sociales más naturalizadas – atribuibles a la gran mayoría de individuos, relacionadas tradicionalmente con ritos de paso a la adultez, con roles deseables de la masculinidad y feminidad hegemónicas, pero, sobre todo con políticas de reproducción que son claves para el sostenimiento del sistema económico y de producción– renunciar voluntariamente a ellas siguen generando cuestionamientos y estigmas sociales, con los cuales las personas *childfree* deben negociar cotidianamente. (3)

De tal manera, las personas que no se reproducen –sobre todo si su salud se los permite– no solo se quedan en el umbral de la adultez, sino que también modifican los ciclos económicos de producción y consumo por lo que sufren el estigma social de ser egoístas, inmaduras, con falta de compromiso hacia ellas mismas, su familia y, en última instancia, a la nación. Al igual que en el estudio de Sánchez Bringas et al. y el de Mandujano-Salazar, Hernández-Herrera apunta que, a mayor grado de educación, mayor el porcentaje de personas que dejan de cumplir con los ritos de pasaje prescritos por la sociedad (5). Asimismo, el artículo de Aguiar Barrera con Gutiérrez Pulido y el de Mandujano-Salazar notan que conforme las personas tienen niveles educativos más altos, cuestionan con más facilidad los discursos hegemónicos y, de la misma forma, encuentran las narrativas propias para la construcción de la identidad personal. Más que ser egoístas, concluye Mandujano-Salazar, son personas que “analizan de forma práctica y realista su capacidad de proveer lo necesario por los años que implica criar a un ser humano” (15) y añade las categorías que las personas *childfree* consideran al tomar su decisión:

la violencia y pobreza estructural del país; la crisis ambiental y la sobrepoblación mundial; no contar con los medios económicos o el tiempo para criar a un ser humano; no tener gusto o paciencia hacia los infantes; considerar que, por condiciones propias –como el hecho de no ser heterosexual, de tener enfermedades hereditarias, etcétera– sus hijos sufrirían de estigmas o dificultades. (17)

Una vez más, vemos reflejadas en el personaje de Laura las perspectivas y actitudes que los expertos han encontrado en la población de jóvenes mexicanos entre los 22 y 35 años. Además de considerar la sobrepoblación de la tierra y los estragos físicos, emocionales y psicológicos a su persona, Laura establece de manera más primordial su aversión y falta de tacto al interactuar con los infantes: “Debo admitir que nunca me he llevado bien con los niños. Si se me acercan los esquivo, y cuando me resulta inevitable interactuar con ellos, no tengo la menor idea de cómo hacerlo” (Nettel 15-16). La vida de Laura es una de lecturas, estudio y silencios o viajes y

aprendizajes en donde no hay cabida para un bebé. Sin embargo, a partir de su relación con Juan, nota un cambio: “No sé si fue influencia suya o si surgió de mi propio cuerpo, pero mientras estuvimos juntos empecé a bajar la guardia” (21). Comienza a ver lo simpático que pueden ser los niños desde los ojos de Juan y también –de repente–, nota la cantidad de mujeres embarazadas a su alrededor. No obstante, a ellas las observaba con sospecha: “Necesitaba entenderlas, saber si realmente habían elegido ese destino o si, por el contrario, acataban con resignación una exigencia familiar o social” (22). Con su mirada indagadora intenta medir el peso del mandato femenino sobre esas futuras madres. Cuando Juan explícitamente verbaliza su deseo de tener un hijo, Laura se imagina esa vida de embarazo, maternidad y crianza:

Cedí con fascinación a aquella fuerza aterradora durante un par de minutos. Luego – finalmente– mi instinto de supervivencia hasta entonces adormecido reaccionó y me sacó de la cama. ...Si no encontraba una estrategia suficientemente eficaz como para resistir, la vida que había construido con tantos esfuerzos corría un grave peligro. (22)

Parece una exageración decir que corría peligro. Sin embargo, el discurso hegemónico de la feminidad, que la ata expresamente a la maternidad, es en extremo determinista y opresivo, como se puede advertir, por lo que Laura lucha por conservar intacta esa vida, esa narrativa y ese mundo que ella había creado para ella misma. A la semana siguiente, se somete a una operación para ligarse las trompas. No le informa de ello a nadie en su círculo de amigos, tampoco a Juan, y solo hasta que se recupera de las complicaciones a raíz de la cirugía llama a su mejor amiga para contárselo segura de que Alina sería la única que la comprendería. Laura reconoce las implicaciones de la decisión y consciente (o inconscientemente) se protege a ella misma a través de su silencio. De esta manera, Laura, como otras protagonistas de Nettel, se automargina al asumir que su secreto la hace diferente, anormal, de los demás. Es decir, cuando reconoce que el suyo es un caso insólito en el sistema se segrega para poder vivir (con) su anomalía.

Es necesario un paréntesis para reparar en el hecho de que Laura pasa por este procedimiento en Francia, donde era posible. Según las entrevistas que Mandujano Salazar llevó a cabo en México, cuando una mujer quiere realizarse un procedimiento de esterilización, los ginecólogos se niegan aduciendo a caprichos de juventud o argumentando que cambiará de opinión una vez que ella encuentre a la pareja indicada y se case, en cuyo caso, necesitaría obtener el permiso de su esposo para ligarse las trompas. “Lo anterior lleva implícito el estigma de inmadurez, de una supuesta incapacidad de la mujer para decidir sobre su propio cuerpo y trayectoria de vida ante la idea de que *el amor* puede hacerla cambiar su decisión” (énfasis original, 21-2). Cabe reparar que *el amor*, dentro de una relación tóxica, se puede convertir en chantaje y presión sentimental para que la mujer demuestre su “amor” a su pareja asumiendo su rol tradicional de madre, aun si ella no desea serlo. La reacción de Laura fue, como bien lo dice ella, una de supervivencia con la cual defendía el control sobre su cuerpo y su vida; o como lo dice Gutiérrez Piña, “la decisión de no tener hijos es una toma de poder sobre su propio cuerpo y sobre las taras que el mandato de la maternidad instaura en las mujeres”, lo cual se debe entender como un acto no solo de resistencia sino de la militancia feminista de Laura (102). La postura y perspectiva de Laura quedan establecidas desde



el principio de la narrativa, pero, como lo nota Rosenberg, el rechazo inicial hacia la maternidad no es intransigente “quizá porque el maternaje está diseminado en diferentes personajes humanos y no humanos, pudiendo entonces la narradora-protagonista devolver a las mujeres una autoridad compartida, y materner ella misma ya de otro modo” (183).

En esta evolución, la narrativa también explora la dinámica generacional madre-hija y las impresiones o lecciones que las hijas aprenden de sus madres. Aquí, entra la madre de Laura quien, al principio de la novela, se apega obstinadamente a la heteronormatividad de la sociedad y define la identidad femenina a partir de los valores de su generación, la cual considera que el papel más importante de una mujer es ser madre, y un hijo “es el mejor regalo que puede darte la vida” (Nettel 47). Por consiguiente, su deseo más ferviente es que su hija cumpla con las pautas de la secuencia social que dictan encontrar la “pareja ideal” con quien llegar al matrimonio y después “realizarse como mujer” al formar una familia en donde los hijos son idealizados como regalos y bendiciones de la vida. Los valores tradicionales de la madre y la resistencia de su hija crean roces en esta relación y así lo admite Laura: “Hay días en que no tengo paciencia para convivir con ella. No soporto que se ponga a comentar mi vida, a darme consejos para mejorarla, a aprobar y desaprobarme mis decisiones” (152). Como en otras narrativas, la madre presenta la primera línea de presión sobre las hijas para que se sometan a las tradiciones familiares y, en última instancia, sean sus guardianas. Para protegerse, Laura corta comunicación con su madre creando un distanciamiento físico, emocional y psicológico.

Al igual que sucederá con Laura, la postura de la madre cambia cuando hace trabajo voluntario en un asilo para mujeres y aprende cómo la estructura socioeconómica oprime a las mujeres y a las madres con pocos (o sin) recursos en particular. Gradualmente, reflexiona sobre su propia experiencia de maternidad como ama de casa de clase media: “Nadie me había explicado cómo ser mamá, tampoco me habían advertido del grado de cansancio y desamparo que una llega a sentir”; y más adelante continúa: “...un cansancio incurable... Eso nadie te lo cuenta cuando se habla de la maternidad. Es uno de esos secretos que aseguran la continuidad de la especie” (48). La madre rememora toda la energía, el esfuerzo, el trabajo que constituyó la crianza de sus hijos porque a pesar de estar casada y tener recursos, su esposo –quien típicamente solo era proveedor– nunca asumió la responsabilidad del cuidado de sus hijos. En otras palabras, la madre de Laura admite las adversidades y sinsabores de materner, y esto le permite acompañar a las mujeres de la casa hogar y, al final, tener una mejor relación con Laura.

De hecho, Laura recuerda haber sido testigo del cansancio de su madre y la indignación que le causó verla tan vencida; indignación que se convirtió en ira por la resignación tan estoica de su madre: “Se veía agotada. Aquella luz mortecina resaltaba sus ojeras, el tipo de cansancio que resulta de enfrentar problemas y reprimir emociones. A mis cinco años, verla así me produjo rabia. Aquella noche, sin ninguna compasión, le dije que me parecía tonta” (Nettel 48). Como se verá a continuación, la desilusión de los hijos al ver a sus madres tan desvalidas, crea relaciones conflictivas que se suman a las dificultades cotidianas de la madre en la crianza de sus hijos. Estos roces y conflictos pueden durar hasta que los hijos llegan a una edad adulta.

La relación conflictiva entre madre e hija apunta hacia los estereotipos negativos de la maternidad, ya que, a pesar de idealizar a las madres por ser las más abnegadas y sacrificadas, también se estereotipan como las más violentas y controladoras. Pensemos en la madre de Pedro de *Los olvidados* (1952), o en la matriarca del cómic *Santa Madre* (1987), o en Mamá Elena de *Como agua para chocolate* (1989) como ejemplos de madres que son poco maternales y más bien son despiadadas al cumplir sus objetivos sin importarles arremeter contra su propia prole. Es justo notar que, hasta finales del siglo XX, se dividía a las madres entre “buenas” y “malas” y poco se hablaba de la experiencia de la maternidad en sí: el embarazo, el parto, la lactancia, la crianza. La pionera, Rosario Castellanos, con su poema “Se habla de Gabriel” (1972), habla sobre la abnegación impuesta por el embarazo. Otras escritoras, en el campo de las letras, pero también en las ciencias sociales, han cuestionado y explorado el tema de la maternidad, las relaciones maternofiliales y los obstáculos socioeconómicos que enfrentan las mujeres.<sup>4</sup> De tal modo, si la novela de Nettel hace visibles las dificultades, el precio personal, las limitaciones que constituyen la maternidad idealizada, el trabajo de Sara Ruddick, por ejemplo, hace lo suyo para desdemonizar a la madre castradora. En su ensayo titulado “Maternal Thinking”, Ruddick enumera la larga lista de circunstancias fuera del control de una madre al momento de la crianza: las sociales, económicas y políticas a las que se unen las naturales (enfermedades de temporada), las genéticas (desórdenes y desbalances) y además las personalidades de los propios hijos, quienes también actúan fuera del control y en ocasiones en contra de su madre: “a mother can experience her children’s own liveliness as another enemy of the life she is [trying to preserve]” (350). Resalta que a pesar de no tener ni voz ni voto sobre las condiciones sociales, económicas o políticas, en las que crecerán sus hijos, las madres –a pesar de ser excluidas, oprimidas y demonizadas– han podido lograr algunos éxitos. Ambos trabajos, el de Nettel y el de Ruddick, ofrecen matices a la dicotomía estereotípica que divide a las madres en abnegadas e indefensas versus manipuladoras y castradoras. Esto le permite a Laura maternar de modos distintos una vez más, escapando las estructuras fijas del patriarcado.

## 2. Alina: maternidad contra viento y marea

Alina representa a todas las jóvenes profesionales casadas y sin hijos, quienes han podido establecerse en su profesión. A pesar de haber compartido opinión acerca de la carga que representa un bebé, en el presente narrativo “estaba dispuesta a ir hasta el final, incluida la concepción *in vitro* y el trasplante de óvulo” si fuera necesario (Nettel 26). Según lo explica, cambió de parecer a partir de sus sesiones terapéuticas en las que pudo concluir que su aberración hacia la maternidad era el

---

4 En México, únicamente, podríamos apuntar al primer acto de *El eterno femenino* (1975) de Rosario Castellanos, “El último verano” en *Árboles petrificados* (1977) de Amparo Dávila, *Me morderé la lengua* (1993) de Melba Alfaro, “El faisán” en la *Antología personal* (1996) de Beatriz Espejo además de su antología *Atrapadas en la madre* (2007) junto con Ethel Krauze, *Una no habla de esto* (2008) de Sylvia Aguilar Zéleny, *La gigante* (2015) de Patricia Laurent Kullick, *Obra negra* de Gilma Luque, *Ecos* de Atenea Cruz, *Casas vacías* de Brenda Navarro -todas del 2017-, *Caballo fantasma* de Karina Sosa Castañeda, *Linea negra* de Jazmina Barrera y *La hija única* de Guadalupe Nettel, estas del 2020.



resultado de las prácticas maternas de su propia madre: “Durante años, temí repetir los errores que cometió mi madre con mi hermana y conmigo. Tuve que desactivar ese miedo para atreverme a ver que en realidad yo sí deseo formar una familia. Sueño con ello” (27). De esta forma, mientras que para Laura ser *childfree* representa defender su autonomía, para Alina significaba proteger a su prole de una “mala madre”. A través de terapias, Alina puede trabajar su matrofobia, el miedo de convertirse en su madre; lo que lleva a pensar sobre la crianza violenta de las madres, quienes sin educación y con una pesada carga doméstica, no tienen ni las herramientas ni el tiempo para evaluar su propia infancia. De manera que perpetúan los modelos opresivos patriarcales en los que ellas mismas se criaron. En este sentido, Alina, con educación, recursos y tiempo, representa a las madres jóvenes y profesionales que hacen un trabajo de introspección que cuestiona los modelos tradicionales y, conscientemente, crea nuevas realidades para sus hijos.

El cambio de opinión de Alina fue como una declaración de alta traición para Laura quien, como se dijo anteriormente, escrupulosamente hace una división social de las mujeres entre las que son madres y las que no. El solo hecho de que Alina deseara un embarazo cambiaba todo – independientemente de que lo lograra o no– ya que significaba que ella aprobaba la maternidad como destino aceptable para las mujeres; Laura toma distancia y observa. Después de seis meses en los que Alina agotó sus recursos acudiendo a varios doctores y a clínicas especializadas y sometándose a diferentes tratamientos de hormonas, Laura expresa desconsuelo por su amiga: “He visto gente despilfarrar fortunas movilizándolo hospitales, recurriendo a bancos de esperma o subrogando vientres de desconocidas con tal de tener un hijo, mientras que otras, preñadas por accidente, lo viven como una desgracia” (28). La determinación y el ahínco de Alina le demuestran a Laura que el deseo maternal es por libre albedrío y no por algún mandato social, lo cual la acerca a Laura y la hace respetar su decisión.

Finalmente, cuando Alina se embaraza, Laura no puede sino estar feliz por su amiga aun cuando, anteriormente, sus prejuicios le habían evitado tener contacto con esos “seres sin vida propia que, con grandes ojeras y aspecto zombi, arrastran cochecitos por las calles de la ciudad” (29). Al ser la mejor amiga, Laura se hace partícipe del embarazo que, para bien o para mal, reafirma su decisión de ser *childfree*. Por ejemplo, para el primer ultrasonido de Alina, Laura explica: “De repente, en el silencio del cuarto, irrumpió el golpeteo atropellado de unos latidos cardiacos. Mentiría si dijera que no me emocioné al oírlos” (37). Su felicidad, sin embargo, dura poco porque al final de la cita les informan que el bebé es una niña. “«Será niña», pensé mientras pasaban por mi mente los peligros que eso implica en un país como el nuestro” (38). A diferencia de Alina, quien está eufórica por su bebé a quien llamará Inés, Laura va de la euforia a la preocupación del destino de esta niña en una sociedad en donde mueren en promedio ochenta y dos mujeres al mes sin que las autoridades hagan nada al respecto (Escobar sn).

En realidad, los problemas de Inés comienzan mucho antes de nacer y es aquí donde la narrativa lleva al lector por caminos que no han sido extensamente recorridos en la literatura como son el embarazo con complicaciones, la muerte de un hijo que no ha nacido y, de última instancia, la maternidad con un niño con discapacidad física y mental. A partir del quinto mes

de embarazo, el cerebro de Inés deja de crecer y desarrollarse; a seis semanas de su nacimiento, los médicos opinan que sin sus sistemas motor y cognitivo Inés no podrá ni siquiera respirar por ella misma por lo que aseguran que morirá momentos después de haber nacido. La culpabilidad invade a Alina. No deja de preguntarse: “¿por qué pasó? ¿Fue mala suerte? ¿Fue mi culpa? ¿Fueron mis genes o los de Aurelio? ¿Es la mezcla de los dos? ¿Qué pude haber hecho mejor? ¿Para qué me embaracé? ¿Cómo se lo diré a mis padres?” (79). Intenta entender su capacidad fallida de dar vida a un bebé, y lidiar con el peso social que caerá sobre ella al ser incapaz de formar una familia y recibir esa “bendición”. Como está tan avanzado el embarazo, sugieren llevarlo a término. De tal modo, Alina y Aurelio tienen un mes y medio para prepararse para el nacimiento y luto de su hija.

El duelo por la muerte de un hijo no nacido conlleva sus propias contrariedades. Araceli Colin, hablando de maternidades y duelos, hace notar la incapacidad de la sociedad para crear un rito que ayude a apaciguar el dolor de una madre o la inexistencia de un lugar simbólico para el reposo de un niño no nacido –pensando en los abortos espontáneos y las implantaciones de embriones que no se dan. No había, ni siquiera, un nombre para designar a una madre con un hijo muerto.<sup>5</sup> Laura razona que se debe a que “a diferencia de otros siglos en que la mortandad infantil era muy alta, lo natural en nuestra época es que eso no suceda. Es algo tan temido, tan inaceptable, que hemos decidido no nombrarlo” (72). Colin argumenta que asumir la muerte de alguien que ha vivido es difícil por ser “un duelo sobre el riel de la memoria, sobre millones de trazas, de experiencias compartidas”; sin embargo, el duelo por un hijo no-nacido es un duelo por todo lo no logrado (107). Considerando lo anterior, tiene sentido que la tanatóloga de Alina le sugiera compartir memorias con Inés como parte de su proceso de duelo:

–La tanatóloga me aconseja que le escriba, que le cuente a Inés todo lo que me gustaría hacer con ella, que le hable de mí, de su padre, de su familia, que le explique lo que estoy sintiendo, lo bueno y lo malo, quiénes son sus abuelos, quiénes son mis amigos, cómo es mi entorno. A veces pienso también en las canciones que me gustaría bailar con ella. Me recomendó que no me calle nada, que le ponga esos discos y que haga una *playlist* del embarazo para conservarla siempre. (Nettel 84)

Sin experiencias de vida, ni trazas de memoria que recorrer, la muerte de un hijo no nacido o recién nacido implica la aflicción más devastadora porque se ponen en escena fantasías inconscientes de lo que pudo ser y no fue. En su proceso de preparación para poder realizar un duelo, Alina empieza a tener experiencias imaginarias con Inés, y así construir el vínculo de su relación madre-hija para darla por viva antes de poder darla por muerta.

Contra todos los pronósticos, Inés sobrevivió su nacimiento: la parte inferior de su cerebro se alcanzó a desarrollar por completo y eso le aseguraba sus funciones primarias. Alina, quien

---

5 Nombrar es necesario, y en 2017 la Federación Española de Padres de Niños con Cáncer le propuso a la Real Academia Española el término *huerfano/a* para designar al padre o a la madre a quien se le ha muerto un hijo. La RAE aceptó el término en 2018.

había deseado tanto convivir con ella, ahora la anima a irse: “«Vete, Inés. No tienes nada que hacer aquí. ¡Vete pronto! Si te quedas, ni tú ni yo tendremos una vida.»” (Nettel 108). La historia de Inés y Alina presenta de manera clara la incertidumbre que viven las madres en los primeros años de su maternidad, la fragilidad de la vida de los hijos y la posibilidad de mortandad que está fuera del control de la madre. Además, en su especular sobre el futuro, Alina muestra cómo ni la sociedad ni la ciudad están diseñadas para personas con capacidades limitadas y esto le añade niveles de dificultad a su tarea como madre. Sintiendo agobiada, empezó a buscar alguna fundación que se dedicara a familias como la suya. No la encontró en México, pero por medio de las redes sociales encontró Lissencephaly Network en la que los miembros compartían fotos de los logros y avances de sus hijos, a pesar de que los médicos pronosticaban un estado vegetativo para los niños con lisencefalia. Lo notable de este descubrimiento es que aquí los padres de familia se sienten en confianza de hablar de sus frustraciones, sus culpas, su vergüenza y las preocupaciones que generalmente no se discuten en público para no incomodar o parecer padres quejosos: “No importaba que los miembros de esa comunidad vivieran en países distintos, a partir de entonces Aurelio y Alina no estarían solos, como una especie única, confinada en su departamento; existía más gente así, y estaban en contacto con ellos” (150). La comunidad en línea les provee la comprensión y confidencialidad que cualquier madre/padre necesita, pero en el caso de Alina y Aurelio, ellos necesitaban, además, inspiración y guía por parte de otros padres como ellos. Al ser parte de una comunidad, explica Ruddick: “mothers are usually socially rewarded for their work by the shared pleasure and confirmation of other women...” (344). Con ánimo y esperanza, Inés empezó sus terapias y se narra su primer año de vida con altibajos que son descorazonantes. El objetivo no es solo contar la historia de una niña que se aferra a la vida, sino mostrar el peso emocional y psicológico que esto representa para los padres y la resiliencia que toda la familia desarrolla para poder ser una familia. La maternidad, aun cuando es deseada, puede traer complicaciones que la hacen más estresante que gratificante de lo que se imaginaba.

### 3. Doris: madre indefensa

Siguiendo las pautas sociales, Doris se casó y tuvo un hijo con su pareja para consolidar su estatus como mujer decente. Su decisión reproductiva corresponde a su estrato socioeconómico y geográfico: es de clase trabajadora y del norte del país en donde la sociedad es más conservadora y estricta en cuanto a los roles de género. A la naturaleza represiva de la maternidad, como lo explica Ruddick, la someten a la domesticidad limitando excesivamente su participación en la vida social (344). A pesar que en su juventud disfrutaba salir a bares y cantar, en el presente narrativo, es viuda, madre soltera, confinada a su departamento –desde el que trabaja– porque tiene miedo de la ciudad. La descripción de su departamento como decadente con muebles raídos y desvencijados nos informa que Doris ocupa un puesto terciario que le permite pagar el alquiler en un barrio “seguro” de clase media, pero nada más. Como refugio, su hogar no es nada reconfortante. Por ser la única proveedora del hogar, Doris –como otras madres– hace una doble jornada, sumando el trabajo doméstico no remunerado a sus horas de teletrabajo de la semana. Así, Doris representa el 29% de las mujeres que asumen el rol de jefes de familia en México, que subsisten con salarios precarios y quienes ven una disminución considerable en su tiempo para su cuidado personal o su

crecimiento profesional (Aguilar Barrera y Gutiérrez Pulido 7).

El encierro (inconscientemente impuesto) de Doris simboliza su marginalidad asumida en donde la comunicación con la única persona a su alrededor (su hijo, Nico) es opresiva y llena de violencia, justo como lo había sido con el papá del niño. Según Sara Ruddick, las madres permiten este tipo de relación para que sus hijos puedan, en el futuro, dejar a la persona que les ha dado todo sin el menor arrepentimiento: “As ‘good’ mothers we allow our sons contempt for our feelings (‘the normal male contempt for women’), if not for our lives, so that they may guiltlessly ‘separate themselves’ from us” (242). Además de la subestimación que la madre acepta como normal por parte de su hijo, según Ruddick, el hijo de Doris reproduce los accesos de violencia de su padre y cuando está inconforme con el desempeño doméstico de Doris, grita y la acosa verbalmente tirando cosas al piso y haciendo de su departamento un campo de guerra. La situación es insostenible para Doris:

Consumo toda mi energía. Es como si necesitara succionar mi fuerza vital para poder crecer. Sé que lo quiero con el alma, que nada me importa más en el mundo, pero hace días que no logro recordar cómo se siente ese amor. Lo único que siento es hartazgo por su furia y constantes groserías. A veces me digo que hubiera sido mejor no tenerlo. (Nettel 145)

El arrepentimiento de Doris es un tema tabú y poco se discute. Orna Donath, en *Regretting Motherhood*, confirma: “regretting becoming a mother is hardly ever mentioned, neither in public debates nor within theoretical and feminist writing on motherhood” (xv). Esto es porque la sociedad juzga duramente a las madres que se arrepienten de serlo y las tacha de egoístas, locas, inmorales, malas madres y malas influencias para las mujeres jóvenes. Donath advoca por permitir que la mujer que se arrepiente pueda expresar que su paso a la maternidad no fue tan gratificante como ella lo imaginó. En el caso de Doris en aislamiento, ella es su propia juez implacable y al ser víctima de ella misma y de su hijo vive al punto de rompimiento. Su fragilidad física, emocional y psicológica enerva a Nico y lo hace estallar lo cual crea un círculo vicioso de arrepentimiento, desamparo y violencia. Poniendo en pausa los patrones violentos que reproduce Nico, se puede ver que su hastío se parece al de Laura ante el cansancio y estoicismo de su madre y al miedo de Alina a ser como su madre. Ruddick explica la furia, el temor y la violencia en la percepción de un hijo ante su indefensa madre: “A child’s rageful disappointment in its powerless mother, combined with resentment and fear of her powerful will, may account for the matrophobia (sic) so widespread in our society as to seem normal” (343). La diferencia es que Laura solo llama tonta a su madre, mientras que Nico se acerca al matricidio.

Sin planearlo, Laura comienza a cuidar de Nico y de Doris por separado, viendo la necesidad de uno y la incapacidad de la otra. Laura los alimenta (les lleva comida) y ve por su bienestar (los saca a dar caminatas al parque). Como no pasa por el proceso biológico que la legitime como madre, Laura cuida de sus vecinos sin reconocerse como una figura materna. En otras palabras, materna a pesar de no ser madre; esto representa una evolución en Laura. La

novela sugiere que las mujeres comparten una maternidad permeable, es decir, que las mujeres siempre han cuidado de otros. “Siempre hemos cuidado a los hijos de otras, y siempre hay otras que nos ayudan a cuidar de los nuestros” (Nettel 95) explica Mónica, amiga de Alina. Cuidar de los que necesitan cuidado, le parece una respuesta empática a Laura. Mónica le explica que la maternidad permeable no solo ocurre entre mujeres sino también en la naturaleza como con los delfines y así se hacen comunidades de apoyo. Por otra parte, hay madres que dejan el cuidado a otras como sucede con algunas especies de aves que colocan sus huevos en nidos ajenos para que esas madres postizas empollen a sus críos. A eso se le llama parasitismo de puesta y refleja un poco la situación con Nico en tanto que la fragilidad mental de Doris la inhabilita de criar a su hijo y esa responsabilidad cae sobre otras personas: primero en Laura, quien se preocupa por el bienestar de ambos, y después en la hermana de Doris, que es un relevo familiar. “–...a veces los hijos nos llegan sin que lo planeemos –siguió diciendo Mónica–, como si alguien depositara un huevo en nuestro nido” (204). El huevo en el nido, que se ve en la portada de la novela, es una metáfora que se desarrolla a lo largo de la historia y que representa las maternidades permeables que emergen bajo diferentes circunstancias.

Una noche, después de varias semanas de estar encerrada en su habitación sin tener mayor interacción con él, Doris le informa a Nico que se tenía que ir a Morelia en donde su tía (la hermana de Doris) lo estaba esperando. La furia de Nico no se hizo esperar:

“¡Te odio! ¡Eres una puta!” La voz de Nicolás resonó en todo el edificio. “¡No te ocupas de mí ni de nada en esta casa! ¡Yo creo que no estás enferma sino muerta!” Mientras decía todo esto, se escuchaba el estruendo que hacían diversos objetos lanzados en el departamento de junto contra el suelo y las paredes. “¡Sal de una vez de esa maldita cama, ponte a cocinar que para eso eres mi mamá!” (211)

Al entrar en el departamento, Laura encuentra a Nico con un bate de béisbol golpeando la pared a unos centímetros de la cabeza de su madre, quien está sentada a la cabecera con las piernas recogidas, temblando de miedo, temiendo por su vida. Orna Donath comenta que la perpetuación de la figura de la “buena madre” creó una barrera que no permitía que las madres pudieran hablar libremente de los retos y conflictos en la crianza de los hijos. Muchas de ellas, vivían hostilidad y acoso por parte de sus hijos de manera secreta. Hasta que Laura decidió involucrarse, Doris sufrió calladamente la violencia, opresión y amenazas de Nico. Quizá no fuera un secreto, puesto que Laura los podía escuchar, podemos asumir que otros vecinos también oían las diatribas de Nico, y sin embargo, lo que encontró Donath es que nadie quiere escuchar, nadie quiere saber que una madre no es feliz en su sacrificio, prefieren ignorarla a intervenir. Al final, Doris reconoce que no tiene las herramientas para la crianza de su hijo, renuncia a la maternidad y delega su cuidado a su hermana pensando en el bienestar de Nico, pero también, en el suyo propio.

#### 4. Conclusión

A pesar de que los discursos de equidad y paridad son parte de la escena política y cultural actual,

las exigencias sobre los cuerpos de las mujeres y su función como dadoras de vida continúan imponiéndose desde valores tradicionales, conservadores y pronatalistas. En la literatura, hasta hace poco, las madres se dividían estereotípicamente en buenas y malas, sin embargo, con la entrada del siglo XXI surgen narrativas que exploran subjetivamente temas como del embarazo, el parto, la lactancia y la crianza. *La hija única* de Guadalupe Nettel considera los altibajos de la maternidad, a la vez que cuestiona, el supuesto egoísmo de las mujeres *childfree* que terminan cuidando a los hijos de otras (maternidad permeable) como lo hace Laura, muestra el tesón de una madre ante circunstancias fuera de su control como en el caso de Alina, y la dura decisión de renunciar a la maternidad (parasitismo de puesta) como lo hizo Doris. Al final, la novela rompe con los criterios que juzgan quién es una “buena madre” y exalta la resiliencia de cada una de estas mujeres para maternar según sus posibilidades.



**Obras citadas**

- AGUIAR BARRERA, Martha Elena y Humberto Gutiérrez Pulido. "Desigualdad de género y cambios sociodemográficos en México." *Nóesis: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, vol. 51, enero-junio 2017, pp. 2-19.
- COLIN, Araceli. "Duelo, maternidad y fecundidad." *Debate feminista*, vol. 30, 2004, pp.106-12.
- DONATH, Orna. *Regretting Motherhood*. North Atlantic Books, 2017.
- ESCOBAR, Dalila. "Femicidios en México: Junio es el mes más violento de 2022 con 89 casos." *Revista Proceso*, 20 jul 2022.
- GUTIÉRREZ PIÑA, Claudia L. "Los relatos de la maternidad y el paradigma de la elección en La hija única de Guadalupe Nettel." *Escrituras de la maternidad: miradas reflexivas y metáforas en la literatura hispanoamericana*. Claudia Gutiérrez Piña et al. Eds. Fides ediciones: 2021, pp. 93-108.
- HERNÁNDEZ-HERRERA, Claudia Alejandra. "La maternidad: percepción universitaria sobre sus efectos en el ámbito laboral, académico y social." *Nova Scientia*, vol. 13 (2), no. 26, 2021, pp. 1-29.
- MANDUJANO-SALAZAR, Yunuen. "Ser *childfree* en México: narrativas personales de quienes no desean ser madres o padres y su negociación con los estigmas sociales." *Revista interdisciplinaria de estudios de género de El Colegio de México*, vol. 7, n. 756, 2021, pp. 1-33.
- MORÁN BREÑAN, Carmen. "Guadalupe Nettel: 'Estaba harta de la tradicional maternidad feliz'" *El País*, 07 nov. 2020.
- "Nace una palabra nueva para denominar a todos aquellos padres que han perdido un hijo: huérfilos". Federación Española de Padres de Niños con Cáncer, 10 oct 2017.
- NETTEL, Guadalupe. *La hija única*. Anagrama, 2022.
- PACHECO, Adriana, anfitriona. "Entrevista a Guadalupe Nettel." *Hablemos escritoras*, Spotify app, episodio 317, 9 Mar. 2022.
- ROSENBERG, Fernando J. "Maternar: familiaridades extrañas en *Los niños* de Carolina Sanín, *La hija única* de Guadalupe Nettel, *La perra* de Pilar Quintana y *Mugre Rosa* de Fernanda Trías." *Revista Iberoamericana*, vol. 89, no. 282-83, ene-jun 2023, pp. 175-94.
- RUDDICK, Sara. "Maternal Thinking." *Feminist Studies*, vol. 6, no. 2, summer 1980, pp. 342-67.
- SÁNCHEZ BRIGAS, Ángeles et al. "Nuevas maternidades o la deconstrucción de la maternidad en México." *Debate feminista*, vol. 30, 2004, pp. 55-86.
- SCHWARZER, Alice. *Simone de Beauvoir Today*. Translated by Marianne Howarth. Pantheon Books, 1984.